

Sexagésimo aniversario de la promoción 1948 del C.N.B.A.

Palabras del D. Luis M.E. Cebollero Abizanda

Los amigos son pivotes en el que respaldar la pesadumbre de la vejez para hacerla más amable. La amistad es palabra sagrada y lleva implícitas innumerables notas afectivas. La amistad vincula a los hombres más estrechamente que el parentesco, si se exceptúan en este último algunos grados de consanguinidad muy acusados. Es así porque la amistad se elige y el parentesco no.

El viejo dicho criollo, los amigos se elige, los parientes se ligan; padres, hijos, hermanos están unidos biológicamente por los lazos de convivencia y de analogía, genética de los que nace el amor y la solidaridad, pese a las múltiples excepciones, que a diario vemos a esta regla, pero la vida nos los incluye en la órbita familiar. Los amigos no.

Los amigos, y no pretendo descubrir el Río de La Plata, son el fruto de una selección que opera habitualmente de manera espontánea o reflexiva entre la enorme cantidad de gente con la que mantenemos contacto por razones ambientales, profesionales, o políticas. Hay un grupo de amigos de la infancia. En los que vivimos en las mismas aulas y barrios, de los que nos iremos distanciando lenta y paulatinamente. Vencedoras de la diáspora, algunas de estas amistades sobrevuelan todas las vicisitudes del destino y nos acompañan hasta hoy. Nos sirven de ilustración de épocas pasadas y lejanas, nos sirven para medir con ellas los cambios y desastres que trae el paso del tiempo y a recordar con tristeza y a veces algo de malhumor las bajas ya producidas.

De más está decir que hoy al encontrarnos nos miremos y apuntemos las arrugas, prótesis y carencias, pero sabemos que los demás están haciendo lo mismo con nosotros, pero siempre pensamos que del cotejo nosotros salimos victoriosos.

Recordemos las palabras de Tristan Bernard: "el encuentro de dos hombres: uno comenta 'he visto a Fulano, cómo estará de cambiado que no me conocí.'"

Los amigos de infancia suelen tener un valor referencial, es raro que nos acompañen a lo largo de la vida, lo mismo sucede con los compañeros del último curso de la carrera, pues casi todos nos disparamos en distintas direcciones al término de la misma. Pero deben felicitarse aquellos que hayan podido mantener contacto sin solución de continuidad. Esos amigos de la infancia, la juventud y la madurez, ya en edad avanzada son un regalo de la vida.

De la comunidad de profesiones, de la comunidad ideológica, de la comunidad de admiraciones brotan sólidas amistades. La comunidad de profesiones crea a veces tanto antagonismos como afectos. El viejo dicho: el peor enemigo es el de oficio, pero también se dan afectos muy firmes. Algunos afirman descaradamente que la única amistad es la política, que las demás son fluctuantes y transitorias, pero convengamos que, si hay un medio en que la maniobra, la deslealtad y la traición es justamente el tenebroso mundo de la política.

Es la admiración, eso sí, la gran engendradora de amistades, que no perduran si no reconocemos en dicha persona alguna virtud que lo enaltece.

Entonces valoramos la simpatía, la bondad, la fidelidad, la generosidad.

En la vejez hacer nuevos amigos es más difícil, porque el área de comunicación se reduce y se va renunciando a muchos contactos de antes. Queda así reducido el círculo social, amistades y familia. Hijos que se agrupan alrededor de padres ancianos, pero ellos a su vez tienen familias propias, que cual fuerzas centrífugas, los alejan de su núcleo inicial. Pero así debemos

aggiornarnos a los tiempos que nos toca vivir. Hemos sido sorprendidos por la revolución tecnológica con sus consecuencias sobre todo el orden social, en que fuimos criados y desarrollamos nuestras vidas. Por lo tanto, también debemos adaptarnos a estas contingencias y transformarnos de meros espectadores a partícipes y protagonistas.

Ello nos ayudara a mantenernos despiertos, si bien algo rezagados, nos subiremos a las nuevas ideas y conceptos. La vida fluye y no se estanca.

El intercambio de impresiones sobre los achaques comunes son el alma mater de estos contactos, con los amigos que afloran a la vuelta de la esquina.

Los que menos padecen suelen salir reconfortados por la comparación de que sus achaques no han alcanzado la magnitud de los que afligen a sus amigos.

Pero todos nos contamos con minuciosidad, síntomas, regímenes, tratamientos y si hay cirugía de por medio, nuestro cirujano es, por lejos, el mejor.

La evocación del pasado nutre también la amistad de los viejos: el recuerdo de hijos y nietos. Las azañas de los primeros, las gracias de los segundos.

Para nosotros, es la garantía de supervivencia.

Y como diría don Florentino Sanguinetti: dentro de cinco años a por los SETENTA DE EGRESADOS.

Quiero cerrar estas palabras recordando unos versos de Rafael Obligado:

Ah, qué triste Felicia

Es ver que todo se va

La antigua sencillez

De la familia

La sombra de la casa patriarcal.